

# VI Certamen de Relatos Cortos "Villa del Esgrafiado"

Categoría General

+B  
13

## El acertijo

Irbis (Seudónimo)

Brumas y penumbras invaden los bosques de Hollowsherd por doquier. Celajes de niebla se elevan desde el fango de los pantanos hasta alcanzar los collados de Fellbone donde el conde de Blacksherd mantiene una fuerza constante de hombres empecinados en evitar las invasiones bárbaras. Hace tiempo que el desánimo ha cundido entre los soldados. Abatidos por el desencanto de sus propias vidas, lanzan la mirada al cielo en busca de rejonos de sol. Aun así, al despertar cada mañana, todos son conscientes de que no es luz lo que les aguarda..., sino oscuridad absoluta.

El tendedero temblaba cada vez que Rachel colgaba de él alguna prenda. Miriam, su hija de cuatro años, jugaba cerca de ella con un cerdo al que no podían matar. El trato era criar al puerco hasta que tuviera el peso adecuado. Entonces sería devuelto a su dueño, el Conde de Blacksherd, quien ordenaría matarlo y les entregaría a ellos la décima parte aprovechable del animal. Rachel portaba en su rostro un tinte melancólico. Miriam era su vivo retrato: luceros por ojos, triste mirada de ángel y piel pegada a los huesos. De repente un cuerpo masculino embistió a Rachel por la espalda. Descorteses manos manosearon su pecho antes de deslizarse por la pendiente de su cuerpo y recalar en su vientre.

—¿Habéis traído comida? —Gruñó ella, liberándose con desdén de las manos.

—¿Solo pensáis en comer? De vez en cuando deberíais albergar otros pensamientos.

—¿Como el de retozar con vos?

—¿Ya no os complace el calor de mi cuerpo?

—¡Mirad a vuestra hija! —Rachel se enfureció—. ¿No se os revuelven las tripas de verla revolcada en el estiércol y sin nada que llevarse a la boca? Hasta el cerdo está mejor alimentado que ella. Conseguisteis mi lecho con dulces palabras que pronto se trocaron en agrio veneno. Si hubiese sabido a tiempo la clase de hombre que sois, juro que me la habría arrancado de las entrañas antes de verla nacer.

—Mujer, no deberíais hablarme de ese modo —la voz autoritaria se proyectó sobre Rachel.

—No os pido nada para mí. ¿Queréis mi vida? ¡Tomadla! Pero ella es de vuestra sangre. Os exijo que hagáis algo, por el amor de Dios.

—De acuerdo, mujer; haré algo —el hombre hizo ademán de marcharse, pero aún se volvió para preguntar—. ¿Se seca la ropa con este maldito tiempo?

—Nunca se seca —respondió Rachel dándole la espalda.

El bosque de Hollowsherd era coto privado de caza del conde de Blacksherd. No existía tablón o cartel alusivo al caso; sin embargo la información había llegado de manera eficaz hasta el último de los plebeyos; a algunos en forma de severo castigo. La cercanía del invierno se había encargado de confeccionar un tupido manto de hojarasca sobre el lecho del bosque. Los árboles, desguarnecidas su ramas por el lento lagrimear del otoño, con sus esqueletos al aire conferían al derrotado paisaje una apariencia fantasmal. En mitad de aquel escenario que apestaba a muerte, el capitán Knox se irguió sólido como un roble. Sus vigorosas piernas se asemejaban a poderosas raíces surgidas de la tierra misma. Su brazo, el más fuerte y firme del condado, desembocaba en la mano derecha del conde de Blacksherd. Su sombra, cueste o no creerlo, perfilaba la silueta de un gavilán de cuidado. Aun así, pese a su corpulencia y la valentía demostrada en innumerables combates, un escalofrío culebreó por la espalda del joven capitán al tiempo que su mano interceptó lo que parecía el conato de una lágrima. Envuelto en la espesa cortina de niebla que no terminaba de levantarse, al capitán Knox le fue imposible apartar la vista de la macabra escena, no en vano incluso los pecados precisan de un tiempo concreto para ser grabados en la retina.

El conde de Blacksherd, arrodillado frente a su hija Rebecca, con extremada delicadeza desenmarañaba los rubios cabellos manchados de sangre. El cuerpo de la niña, recién cumplidos los cuatro años, yacía sin vida atrapado en un cepo para lobos.

—El celo que las madres ponen en el cuidado de sus hijos no es pago suficiente para mantenerlos vivos —el conde, afligido, se incorporó y alzó la vista buscando respuestas en el cielo nublado—. Qué inhóspito lugar creó el Todopoderoso para que reinaran en él las bestias según su crueldad. ¡Mi pobre y dulce niña! —Sollozó hincando la cabeza en el pecho—. Cortos han sido tus días. Largo habrá de ser nuestro llanto.

Una vez el conde hubo recobrado la compostura, parcialmente recuperado de su abstracción, se dirigió a su lugarteniente en tono imperativo.

—Mi fiel capitán, llevad a esta hija con su madre y explicad que ningún crimen queda sin castigo —descansó su mano sobre el hombro del oficial—. Tened presente que no he de olvidar cuanto hoy habéis hecho por mí. Creedme: sabré recompensaros.

Jon alimentaba al cerdo con desperdicios e imaginación. Si no tenían para comer ellos, ¿cómo diablos iba a engordar al verraco? Al conde pertenecía la parcela de tierra donde malvivía con su mujer y su hija. Mala tierra de labor. Después de dura lucha y arduo trabajo, allí solo crecía el desaliento, lo cual no le eximía de pagar las tasas religiosamente. Rachel removía ropa dentro de un barreño lleno de agua hirviendo. Lo hacía a diario, a la puerta de la casa. Maniática o hacendosa, puede que ambas cosas, no soportaba ver a su hija con el vestido manchado de lodo, así como tampoco podía verla con mugre en la cara. Pobres, sí; infelices, tal vez; pero viviendo con decoro. Tal como era su costumbre, meneaba las prendas con un palo cuando divisó en la lejanía a dos jinetes acercándose al trote.

—¡Jon! —Alertó a su esposo.

—¿Sí?

—¡Mira! —Le indicó con la mirada.

Jon clavó la vista en las distantes figuras hasta que estas fueron reconocibles. El conde de Blacksherd y el capitán Knox detuvieron los caballos al llegar a la altura de la casa.

—Qué grata sorpresa, mi señor —Jon se rebajó con una ostensible inclinación de cabeza—. Permitidme hacer algo que sea de vuestro agrado. ¿Tenéis sed? Tal vez os apetezca un vaso de agua.

—¿Tenéis cepos para lobos? —Preguntó el conde desoyendo el ofrecimiento.

—Ya no quedan lobos por estos contornos, mi señor.

—No os pregunto si hay lobos. Os pregunto si tenéis cepos.

—Por supuesto que tengo, aunque hace años que no utilizo ninguno. Como bien sabéis, las manadas de lobos atacaban a los hombres, razón por la cual tuvimos que exterminarlos. Malo es el hambre, mi señor; incluso para las bestias.

El capitán Knox sacó el cepto de su alforja y lo lanzó a los pies de Jon.

—¿Os pertenece este cepto? —Preguntó el conde.

—Dudo mucho que sea mío, mi señor. ¿Cómo podría llegar uno de mis cepos hasta vuestras alforjas?

—Mi hija Rebecca ha muerto esta mañana atrapada en esta trampa.

Rachel se abrazó a sí misma, sobrecogida por la luctuosa noticia.

—Creed que lamento vuestra terrible pérdida —Jon le expresó su condolencia.

—Tengo fundadas razones para pensar que fuisteis vos quien puso este cepto en mi bosque.

—Estáis en un error —la acusación no alteró a Jon lo más mínimo—. Yo respeto la prohibición de cazar en el bosque.

—Se necesita la fuerza de un hombre para armar este cepto y vos sois el único que vive cerca. Salvo mi guarnición, el resto de hombres se encuentra luchando en las montañas. Aquí solo quedan mujeres, niños y ancianos.

—Yo luché por vos durante dos largos años. Gustoso os ofrecería mi vida si en realidad hubiese tenido algo que ver en la muerte de vuestra hija. Como buen soldado que he sido, tengo buena disposición para morir.

—¡Mi señor! —Intervino Rachel—. Tened por cierto cuanto os dice mi marido.

El miedo de la esposa quedó reflejado en su garganta. Su trémula voz amedrentó a su hija, quien corrió a abrazarse a las piernas de su madre.

—Veo que tenéis una hija pequeña... —el conde frunció el ceño transmitiendo profundidad en su gesto—. Os concederé el beneficio de la duda y os perdonaré la vida; pero vuestra hija vendrá conmigo.

—Mi señor —suplicó Jon—, haced conmigo lo que os plazca si con ello mengua vuestro dolor; pero no os llevéis a nuestra hija. Ella es lo único que mantiene viva nuestra esperanza. Pensad, vos también sois padre.

—Mi hijo William está llamado a ser el futuro conde de Blacksherd. Tened la certeza de que no tendría compasión alguna si le sucediese algo a él. Pero mi esposa está triste, se halla muy afectada. Puede que una nueva hija a la larga recomponga su ánimo maltrecho.

—¡No podéis quitarnos a nuestra hija! —Gritó Rachel hecha una furia.

—Mujer, no deberíais hablarme así —amenazó el conde—. No confundáis el dolor de mi corazón con simple debilidad.

—¡Mi señor! —Jon cayó de rodillas delante de las patas de los caballos—. Mi hacienda es vuestra, mi vida os pertenece, de modo que si pretendéis quitarme a mi hija deberíais responder antes a una pregunta: ¿qué más se puede perder cuando ya se ha perdido todo?

—Mañana se celebrarán las exequias por mi querida Rebecca. Pasado mañana, antes del ocaso, traeréis a vuestra hija a mi disposición, a ser posible limpia. Que los desconsolados ojos de mi esposa se regocijen con la imagen de una niña dotada de hermosura, no con la vista de una vulgar rapaza. Y recordad que si el objetivo primordial

de un padre consiste en asegurar el futuro de sus hijos, yo estoy mejorando de manera ostensible el de vuestra hija, aunque vuestro egoísmo no alcance a entenderlo.

—Mi señor, ¿qué más se puede perder cuando ya se ha perdido todo? —insistió Jon, poniéndose de pie con mirada altiva.

—Si es un acertijo, prometo contestaros pasado mañana.

El conde espoleó su caballo y emprendió junto a su lugarteniente el camino de regreso a Castlerock, castillo del condado de Blacksherd. Jon hostigó con la mirada las menguantes figuras de los jinetes.

—¡No podemos entregarle a Miriam! —Pronunció Rachel con la tenaza de la desesperación estrujándole la garganta.

—No te preocupes —pronunció Jon con estoicismo—. Lo solucionaré.

La cripta era redonda, sin esquinas ni rincones ni columnas que permitiesen a los muertos jugar al escondite. Si uno giraba sobre sí mismo, podía contemplar las tumbas de los antepasados del conde de Blacksherd hasta seis generaciones. Justo en mitad de la sala, sobre un tálamo de piedra, reposaba el cadáver de la niña dispuesto a escuchar el último responso por su alma. Testigos, los justos: el conde, la condesa, dos doncellas, el capitán Knox, dos guardias apostados a la entrada de la bóveda y el sacerdote, protagonista secundario pero ineludible en este tipo de actos.

Las doncellas sujetaban a la condesa por los brazos evitando su desplome. Catherine de Wolso, condesa de Blacksherd, contaba con veintidós espléndidos años. Pese a la juventud que la arropaba, las fuerzas, despavoridas ante el drama, habían huido de ella con prontitud. Su matrimonio había sido concertado cuando ella echaba los primeros dientes, con apenas dos años, cumpliéndose el acuerdo matrimonial al cumplir la joven los dieciséis. Poco importó que el conde fuese veintisiete años mayor que ella y muy dado a los placeres que la vida le ofrecía debido a su condición. Catherine, educada en la fe cristiana, al desposarse con aquel extraño pensó que cumpliría fielmente con sus labores de madre y esposa a base de entrega, sacrificio y sumisión. Como madre, hasta el momento, había dado dos hijos al conde: Rebecca, recién fallecida a los cuatro años, y William, que por entonces contaba con dos. Como esposa el balance era cuestionable: no solo había traicionado a su esposo, también había renegado de sus más íntimas convicciones. Desde hacía tiempo, algo más que su corazón pertenecía por entero a otro hombre.

La condesa había pasado la noche velando el cadáver de su hija, sin aceptar agua ni comida. El amanecer la encontró desfallecida y seca por dentro tras haber vertido hasta la última lágrima.

El sacerdote, de pie junto al cuerpo de la niña, miró al conde esperando de él su beneplácito. La aprobación fue indicada con un leve gesto de cabeza.

—Hay quienes apenas vislumbran sombras en la vida que nos rodea —el oficiante comenzó de este modo la ceremonia—. Esa ceguera los convierte en seres injustos y egoístas. Pensamos en la muerte como el pesar de los pesares, cuando a menudo no es más que un reposo para los que están muy cansados. Cuando la anhelamos, la muerte se vuelve perezosa. Por el contrario, en ocasiones, cayendo como un halcón sobre su presa, se abalanza de forma vertiginosa sobre quien no lo merece en absoluto. Rebecca, nuestra querida paloma blanca, ha sido abatida salvajemente. Ante esta aparente sinrazón cabe preguntarse: ¿cómo puede nuestro Señor permitir que el causante de tamaño dolor disfrute del rocío de la mañana mientras esta niña no ha de ver consumirse la luz de un nuevo día? Las flores más bellas se marchitan pronto y en este lugar sombrío los días de sol son escasos. Puede que la primavera haya sido corta y que el crudo invierno se alargue más de lo debido, mas no por eso hemos de pensar en trocar el curso de las estaciones. Sea todo tal como lo ha dispuesto el Creador.

El conde de Blacksherd entrenaba en la sala de armas batiéndose con un soldado de su misma guardia. El capitán Knox valoraba las evoluciones de su señor, a quien la edad y una lesión de espalda habían restado aptitudes de manera escandalosa. Los golpes de las espadas de madera reverberaban en la estancia. El soldado procuraba detener o esquivar los ataques del conde, pero a menudo el éxito no acompañaba a sus movimientos. El improvisado contendiente, fingiendo un traspié, cayó dolorido al suelo, circunstancia que fue aprovechada por el conde para apuntar con su espada al cuello del derrotado adversario.

—¡Bien, bien! —Gritó satisfecho—. Habéis sido un digno rival —el conde tendió la mano al soldado y lo ayudó a levantarse—. Podéis iros —le ordenó—. ¿Veis? —Se dirigió a su capitán en tono jactancioso—. Mis posaderas ya no aguantan como antaño a lomos de mi caballo, pero mi brazo sigue siendo fuerte como una roca. Vos sois el único contrincante que me ha vencido hasta el momento. Sabéis que os la tengo jurada por ello.

El capitán ofreció al conde una copa de vino que este apuró hasta la última gota.  
—Soy el único que se ha atrevido a venceros, mi señor —el capitán le dedicó una sonrisa.

Un soldado irrumpió en la sala, se aproximó al capitán y le comunicó algo en voz baja.

—El campesino que ha de traeros a su hija espera afuera —el capitán transmitió el mensaje recibido.

—Que pasen padre e hija —ordenó el conde.

Jon penetró en la sala con paso inseguro, con los hombros encogidos y la cabeza gacha. En las manos sostenía una cajita de madera labrada. El capitán Knox levantó la mano izquierda y detuvo los pasos de Jon a escasos metros del conde.

—No veo a vuestra hija. ¿Puede que mi visión se haya malogrado a causa de la edad? —Interpeló con ironía el noble.

—Mi señor, he venido con la esperanza de que aceptéis un trueque —expuso Jon, cabizbajo.

—¿Queréis comerciar con el dolor que se respira entre estos muros?

—A cambio de mi hija, quisiera ofreceros el don más preciado que me legó mi madre.

El conde se fijó en la diminuta caja que portaba Jon. La curiosidad se filtró en el linajudo a través del frío metal de sus ojos.

—Ha de ser algo de suma valía para haceros pensar que pueda calmar mi ira —dijo el conde—. Aunque no alcanzo a comprender qué clase de objeto podría poseer un plebeyo, capaz de ser envidiado por un noble.

—Grandes reyes de la antigüedad lo poseyeron y lo dejaron escapar. Gozosos darían hoy la mitad de lo que fueron sus reinos con tal de poseerlo de nuevo.

—¡Sois el rey de los acertijos! —Exclamó el conde con satisfacción—. Debería teneros cerca cuando el tedio se apodera de mi ánimo. ¿Cómo era el otro enigma?... Recordádmelo.

—En esta pequeña caja se encuentra la respuesta al primer acertijo. Permitid que os la acerque.

—Sois un iluso —el conde afiló su maliciosa sonrisa—. Me quedaré con vuestra hija y con cuantos presentes traigáis y sean de mi agrado. Entregadme la caja —exigió extendiendo el brazo.

Jon avanzó con lentitud y depositó el regalo en la mano abierta del conde. Este lo obsequió con una mueca de desprecio. Segundos después, una vez abierta la caja, el grosero ademán se había esfumado.

—¿Qué burla es esta? —Expresó en tono airado.

—¿Qué más se puede perder cuando ya se ha perdido todo? —Preguntó nuevamente Jon.

—Aquí dentro no hay nada —replicó el conde.

—Y nada es la respuesta al acertijo, mi señor.

—Pero entonces, ¿cuál es ese don tanpreciado que os legó vuestra madre?

—El don de la vida —Jon sacó un cuchillo y lo hundió en el costado del conde, perforándole el pulmón—. Esa misma vida que ahora se os escapa —le susurró al oído.

El conde se desplomó sangrando en abundancia. El capitán Knox desenvainó con presteza su espada dispuesto a acabar con el agresor de un solo golpe.

—¡No! —Aulló el conde desde el suelo, afónico y dolorido, deteniendo el mandoble del capitán—. No tan deprisa.

Dos guardias aprehendieron a Jon sin que este opusiera la menor resistencia. El capitán Knox se encaró con el prisionero tratando de hallar una respuesta en las oscuras cavernas de sus ojos. No se atisbó en aquella negrura ni un ápice de arrepentimiento, tan solo orgullo y calma.

—¡Bastardo! —El capitán acompañó el insulto con un salivazo.

—Decid, mi señor —Jon se dirigió al conde, quien jadeaba sentado sobre un charco de sangre auxiliado por un soldado de su guardia—. Al igual que los soldados que dan la vida por vos, ¿tendréis buena disposición para morir? Apuesto a que rabiareis hasta exhalar el último aliento —acertó a decir antes de ser golpeado en la boca y ser conducido a empellones rumbo a los calabozos.

—Capitán —el conde trataba de taponar la herida con sus propias manos—. Llevadme a mi aposento y llamad con urgencia al galeno.

Minutos más tarde el fuego de la chimenea iluminaba tenuemente la alcoba. El conde, tendido en su cama, era reconocido por su médico particular.

—No os andéis con remilgos. Quiero la verdad —demandó.

—Mi señor, he visto heridas menos graves acabar con hombres fuertes como osos. Sin embargo, vos tenéis una naturaleza envidiable —con mirada vacilante, el médico se prestó a la mentira con tal de reconfortar a su señor.

—Podéis iros. Y de paso llamad al sacerdote.

Una vez el médico hubo abandonado la estancia, el capitán Knox, que hasta entonces había calentado sus posaderas plantado de espaldas al fuego de la chimenea, se acercó hasta la cabecera de la cama.

—Aguantad, mi señor; saldréis bien de esta.

—La vida es extraña, mi fiel capitán —el conde se expresó con dificultad, como si tuviera que robar trabajosamente cada soplo de aire—. He tenido poder, riqueza, todo cuanto un hombre puede anhelar, y aun así no he alcanzado la felicidad. Tal vez esta no resida en la ambición. Quizá entronque con compromisos y deberes que yo no he sabido atender. Por



otra parte, dejando a un lado mis deberes como gobernante, Dios sabe que en ocasiones mi conducta ha dejado mucho que desear —de pronto su rostro se vio asaltado por una mueca de dolor—. Cuando sucedí a mi padre como conde de Blacksherd, me sentí estimulado por el idealismo que impregnaba mis días de juventud. Incluso llegué a pensar que con un espíritu noble y una buena espada bastaba para cambiar el mundo. Necio de mí, con qué facilidad anida la mezquindad en el corazón de los hombres, debilitando nuestro ánimo, convirtiéndonos en seres viles y miserables.

—Mi señor, la fiebre os entorpece la razón.

—Ya no tengo nada que esconder. He de prepararme para presentarme ante el Todopoderoso.

—Si acaso vos... —el capitán Knox no se atrevió a acabar la frase—. ¿Qué debe hacerse con el campesino?

—Ha sido valiente. Se ha sacrificado por los suyos. Qué buen soldado para servir a un buen Rey.

—¿Entonces?...

—Aseguraos de que su muerte sea un trance lento.

El sacerdote apareció en el vano de la puerta.

—¿Me habéis mandado llamar, mi señor?

—Pasad —le ordenó el capitán, retirándose de nuevo junto al fuego.

—Mi señor, la capilla está llena de siervos que rezan por vos —indicó el sacerdote.

—Quiero confesar —dijo el conde.

—Hacéis bien. Es imprescindible estar en paz con Dios en momentos de incertidumbre.

—¡Empezad de una vez! —Balbuceó irritado.

El sacerdote se hincó de hinojos junto a la cama, después se santiguó y acercó su cabeza a la del moribundo. El sacramento dio comienzo entre susurros.

—Mi señor, ¿habéis pecado de palabra, obra u omisión?

—Cierto es que he pecado. Absolvedme y terminemos cuanto antes.

—Dios debe conocer la naturaleza exacta de cada pecado. Además, el Altísimo ha de ver en vos un sincero acto de constricción y proyecto de enmienda. Así pues, decidme, ¿qué mandamientos habéis quebrantado?

—Os lo contaré si juráis llevaros el secreto a la tumba.

—Cuanto digáis será tomado como secreto de confesión. Confiad en mí.

—Escuchad atentamente. Hace alrededor de cinco años, todos los hombres de mi condado que se hallaban en disposición de empuñar una espada repelían con bravura a los invasores bárbaros. Una tarde, paseando por el bosque a lomos de mi caballo,

encontré a una mujer recogiendo leña. Le hice saber que ya que el bosque me pertenecía, la leña también era de mi propiedad, que de alguna forma tendría que pagar por ella. Admito que a menudo he cohabitado con mujeres sin importarme su fealdad ni la capa de mugre que las cubría; pero esta vez fue muy distinto. Puede que esa mujer me embrujara; he oído historias al respecto. Muchas acuden a la brujería, tal es la condición femenina, de ese modo sirven como instrumento al mal que las gobierna. Tal vez utilizase conmigo algún hechizo, o quizá me diese a beber disuelta en agua una pócima con poder para enturbiar el entendimiento. Puedo aseguraros que, pese a mis denodados esfuerzos por evitarlo, la imagen de dicha bruja absorbía día y noche mi pensamiento. Al cabo de unos meses de irrefrenable deseo, la mujer me confió que estaba encinta. En un acto de buena voluntad por mi parte, para que ella recuperase indemne su vida, liberé a su marido del compromiso que como soldado mantenía en las montañas. El guerrero volvió a casa y satisfizo plenamente su apetito de hombre. Fruto de aquella pasión, creyó él, a los siete meses nació una niña. El hombre no dudó de su esposa, hasta los necios saben del voluble comportamiento de la naturaleza y de cómo esta a menudo adelanta su propósito. —Dios sabe que esa es la mayor debilidad del hombre, mi señor —resolvió con tolerancia el sacerdote.

—¡Dejadme terminar! —El conde tomó aire con dificultad—. Mi esposa, Catherine, en aquel tiempo dio a luz a nuestra querida Rebecca. Por entonces yo ya intuía que la condesa me había deshonrado incumpliendo los votos de fidelidad hechos el día de nuestra boda.

—¿Cómo podéis estar seguro de eso, mi señor?

—Uno sabe cuándo su caballo está siendo montado por otro jinete. El animal adquiere vicios, aprende movimientos que nunca le has enseñado... Por tanto, dando por sentado que Rebecca no era hija mía, y sabiendo que la otra niña sí lo era, decidí trocar una hija por otra. Que Dios me perdone, o que se perdone a Sí mismo por no haber sabido templar mi voluntad. La niña que llevaba mi sangre hambreaba rebozada en fango mientras la hija de un traidor a su señor se sentaba a mi mesa, bien alimentada, ataviada con vestidos limpios y trenzas bien hechas. Consideré que era un castigo justo obligar a la mujer que me había deshonrado a educar y cuidar de mi hija en vez de la suya. De este modo, una mañana en la que el Todopoderoso mostró su rostro más impasible, ese que viste cuando acaecen las mayores desgracias, el capitán Knox y yo conducimos a la niña al bosque. Mientras yo entretenía a Rebecca, mi fiel capitán colocó en el suelo un enorme cepo para lobos que luego disimuló con hojarasca. A continuación tomó a Rebecca y la situó a unos cinco pasos de mí, quedando el cepo en mitad del camino delineado entre la

pequeña y yo. Rebecca sonreía, parecía contenta. Me incliné y la llamé. La niña inició una corta carrera que acabó con el trágico sonido de la trampa al cerrarse. Ese es mi pecado, el resto ya no os concierne.

—Mi señor —balbuceó el sacerdote con el rostro contorsionado por el horror—, ¿cómo habéis sido capaz de cometer un crimen tan atroz?

—Vos no sois quién para juzgarme. ¡Haced vuestro trabajo! —Lo apremió—. ¡Absolvedme!

El sacerdote sostenía un rosario cuyas cuentas comenzaron a chocar entre sí. Impotente de detener el temblor de sus manos, ante los ojos del clérigo se materializó un monstruo irreconocible. El moribundo que yacía en aquel lecho no podía ser su señor, ese por el que él había sentido devoción y respeto. El agonizante solo infundía pavor. Súbitamente, el sacerdote quedó abrumado por un peso que cayó a plomo sobre su conciencia. Si ejercitaba el sagrado sacramento, él sería el único responsable de que aquella bestia se escabullera de la eterna oscuridad a la que por justicia estaba abocada. Sí, pensó, basta con una sola acción pecaminosa para condenar una vida plena de santidad. Por el contrario, a la Maldad le sobra con un postrimero acto de atrición para ganarse su inmerecida salvación. Nadie duda de las ventajas que obtiene el Mal sobre el Bien en este mundo. Pero si nuestro Padre lo ha dispuesto de este modo, no seré yo quien discuta mi grado de ceguera con el Altísimo, concluyó su pensamiento el clérigo.

—Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris et Filii et Spiritus Santi. Amén —levantó su mano derecha y trazó en el aire la señal de la cruz.

—Habéis cumplido con vuestro deber —el conde se sintió aliviado—. Podéis retiraros.

El sacerdote abandonó la alcoba llevando consigo un abultado peso sobre los hombros.

—Las fuerzas huyen de mí, el frío se apodera de mis huesos. ¡Capitán! —El oficial se acercó de nuevo al lecho del moribundo—. Aunque mi tiempo se agota, aún tendréis que hacer algo por vuestro señor.

—Vos diréis.

—¡Matad al sacerdote! —Expresó con punzante dolor—. ¡Esta misma noche, sin dilación!

—Es un hombre de Dios, mi señor.

—Es el confesor de la condesa.

—No temáis —reflexionó rápido el capitán—. No oiré cantar al gallo.

—Sois un buen soldado, me siento honrado de haberos tenido bajo mi mando.

—Guardad el aliento, os ayudará a sanar.

—Cuando llega la hora, cada hombre ha de asumir lo que porta en sus alforjas. Yo lo he hecho ya, aunque todavía hay un gusano que hurga en mi cerebro. Escuchad el último

consejo que os doy: nada de cuanto hacemos se perpetra en secreto y con sigilo. El primer testigo es nuestra conciencia. Tened por cierto que es un enemigo implacable.

—Descansad, mi señor, mañana lo veréis todo con mayor claridad.

—Un último favor os pido. Si descubrierais al traidor que mancilló mi lecho, dadle una muerte cruel. Me marcho con las ganas intactas de haberlo desollado vivo.

—Si la verdad no os permitiera morir en paz, ¿desearíais conocerla, incluso a ese precio?

—¿Sabéis algo al respecto? —En la mortecina mirada del conde prendió la oscilante llama de la venganza, un péndulo que se mecía entre el desquite y la desesperación—. ¡Decidme cuanto sepáis, os lo ordeno! —Exigió con voz afónica.

—Vuestras sospechas acerca de la infidelidad de la condesa no eran infundadas —el capitán se inclinó sobre el desahuciado y le susurró al oído—. Pero de vuestros dos vástagos, matasteis al hijo equivocado. Rebecca sí era hija vuestra.

El conde, acuchillado ahora en el alma, giró con lentitud la cabeza y concentró la mirada en su apuesto capitán. Solo entonces reconoció en su lugarteniente los rasgos de su hijo William. Las delatoras facciones siempre habían estado allí, confesando la oscura verdad. Entonces, ¿a qué podía atribuir semejante ofuscación? Aquella cerrazón solo era achacable a la fe ciega depositada en el hombre que había sido su brazo derecho.

—¿Cómo he podido estar tan ciego? —Gimió.

—No tendréis queja de mí, os he complacido hasta el final. Ahora, si me disculpáis, aún he de seguir matando por vos.

El capitán cerró la puerta al salir. A un gesto suyo, un soldado vino a la carrera.

—El conde ha ordenado que no sea molestado hasta mañana —informó al soldado—. Yo mismo vendré a despertarlo al amanecer. Hasta entonces nadie traspasará esta puerta. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, mi capitán —el soldado, con aire brioso, se apostó junto a la puerta de la alcoba.

Sin fuerzas para incorporarse en el lecho, el conde de Blacksherd clavó la mirada en el ventanal enrejado de su dormitorio. La luz se alejaba aprisa, huía como un cobarde cediendo terreno a la calmosa noche que extendía su manto sobre un condado a punto de cambiar de dueño. Del mismo modo que el frío se apropiaba mansamente de sus pupilas, pronto sus dominios se verían invadidos por esa misma oscuridad que lentamente se apoderaba de su alma. “Qué vida más innoble para un caballero”, murmuró para sí mismo. Qué muerte más indigna para un soldado, remató en silencio clausurando sus ojos y dejando el camino expedito a una lágrima.